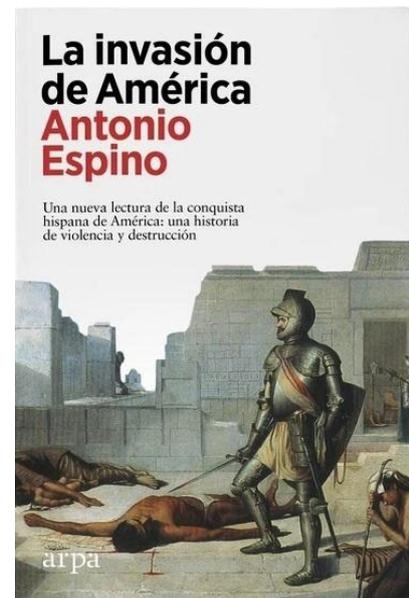


Antonio ESPINO LÓPEZ: *La invasión de América. Una nueva visión de la conquista hispana del continente: una historia de violencia y miedo*, Barcelona, Arpa, 2021, 462 pp., ISBN: 978-84-18741-26-5.

Ander Espallargas Bustinduy
Universidad de Salamanca

Una nueva visión de la conquista hispana del continente: una historia de violencia y miedo.

“La historia será generosa conmigo, puesto que tengo la intención de escribirla”. Esta frase, acuñada por Winston Churchill y ampliamente conocida en la cultura popular, nos da a entender que nuestras concepciones actuales sobre diferentes acontecimientos históricos están condicionadas desde la visión de los vencedores, por aquellos que se erigieron triunfantes ante lo acontecido. Desde esta visión, algo se puede conquistar o descubrir por la parte vencedora, a la par que también se inventa o crea un relato que le dé una justificación y coherencia a aquellos sucesos históricos. Pero si observamos ese mismo acontecimiento desde el otro lado, desde la visión de los vencidos, veremos que las cosas cambian, y lo que para algunos fue una conquista, para otros pudo significar sometimiento y aniquilación.



Es por ello por lo que Antonio Espino López en su obra, *La invasión de América. Una Nueva visión de la conquista hispana del continente* trata de reflexionar sobre una cuestión muy poco trabajada en la historiografía americanista, como es el estudio de los componentes militares de la invasión, y conquista de las Indias desde los presupuestos de la moderna historiografía de la Historia de la Guerra y su efecto en la población indígena.

Aunque Antonio Espino es ya un experto en el estudio de la historia militar de la conquista hispana de América, esta obra se desliga en parte del canon actual del autor y busca indagar con mayor precisión en cuestiones más globales, realizando un inmenso trabajo bibliográfico y documental que ha concluido en la publicación de este ensayo.

Entrando de lleno en la obra, se encuentra dividido en quince capítulos, los cuales se encuentran divididos en cuatro bloques temáticos donde se integran todos los capítulos.

El primer bloque estaría formado por los primeros tres capítulos. En ellos nos habla sobre los precedentes de la conquista, centrándose en las experiencias militares previas a la llegada de los conquistadores al territorio americano. Estos capítulos son de gran ayuda para comprender el comportamiento y las acciones de los conquistadores. La experiencia previa que tuvieron los conquistadores a la llegada a las Indias fue, principalmente, la conquista de las islas Canarias y la invasión de las Antillas caribeñas y el territorio de la actual Panamá. En estos territorios, los conquistadores dieron rienda suelta a un tipo muy específico de hacer la guerra, aprendida por distintas generaciones que participaron en la expulsión del poder musulmán de la península ibérica, y en las incursiones realizadas en las costas norafricanas. Los paralelismos entre la guerra contra los musulmanes y la invasión de las Indias son evidentes, aunque con ciertas particularidades, ya que el medio y los enemigos no eran los mismos. Por ejemplo, los símbolos y el imaginario se trasladan a las Indias, sobre todo en lo religioso. En este proceso de traslación, vemos cómo la figura del apóstol Santiago “Matamoros” convertido ahora en “Mataindios”, será para los primeros conquistadores una parte de su autoafirmación identitaria en el Nuevo Mundo que trata de incluir los nuevos espacios del continente americano dentro de la cosmogonía cristiana medieval. Siguiendo esta línea, el autor nos muestra claramente la continuación de la lógica del *dilatatio Christianitatis* que, desde la expulsión del poder musulmán de la península, se mantuvo en el transcurso de la conquista de Canarias, en los intentos por dominar el norte de África con la intención de prolongarla hasta Jerusalén, hasta trasladarse a las Indias.

Por otro lado, las diferencias entre la Península y las Indias en cuestiones bélicas también fueron notorias, sobre todo porque las campañas militares contra los imperios precolombinos fueron creando nuevos modelos de conquistador, como sería el caso de Hernán Cortés, quien, aunque imitaba el modelo del caballero medieval, creó un nuevo modelo de conquistador, el cortesiano, que los posteriores caudillos quisieron revivir o emular. Este cambio en el modelo de conquista fue causa de las diferentes tácticas y métodos utilizados por los españoles, quienes amoldaron el modo de hacer la guerra en Europa a las nuevas condiciones que tenían en el Nuevo Mundo. Entre ellos destacarían tres elementos: el uso de las armas de fuego, el buen uso de la poca caballería que disponían, y la utilización de las huestes. Según el autor, el papel que se le ha dado a la superioridad tecnológica europea ha sido sobredimensionado, ya que realmente los conquistadores tuvieron grandes dificultades para hacer frente a los distintos pueblos con los que se encontraban, por ello la necesidad de los diferentes caudillos en recurrir a diversas prácticas atemorizantes, además de a los indios aliados para poder prevalecer. El terror

y la asistencia de ciertos grupos de nativos fue clave en la invasión y posterior conquista del territorio, debido a la situación de inferioridad a la que se enfrentaban los castellanos.

Una vez desgranado las conquistas previas y el mundo de los conquistadores, la obra entraría en el segundo bloque, en el cual se tratan los distintos mecanismos utilizados por los conquistadores para dominar a las poblaciones autóctonas.

La práctica más divulgada fue la amputación de manos y otras extremidades, práctica bien conocida desde la antigüedad, siendo utilizada no solo para aterrorizar sino también como castigo disciplinario. Debido a su gran recorrido, no extraña ver su utilización en el Nuevo Mundo. Distintos caudillos hicieron uso de ella no solo como herramienta de castigo, sino para inutilizar a los guerreros que los acechaban, acabando con las representaciones objetivas de las cualidades de lo que se consideraba el indio hostil. Esté sería el caso de las guerras con los chichimecas, donde la amputación de piernas y pulgares de las manos contrarrestaba dos de los pilares de estos pueblos que afectaban negativamente a los españoles, como era el nomadismo y el uso del arco. Su uso fue tan continuado que posterior a la invasión militar, varios gobernadores lo siguieron utilizando para mostrar la “clemencia de los cristianos vencedores”.

Otra de las prácticas utilizadas fueron las masacres, las cuales se mostraron como la mejor fórmula utilizada por los distintos caudillos para quebrar la voluntad de la resistencia indígena y dominar con mayor efectividad el territorio. Este tipo de actos tenían varios objetivos: por un lado, mostrar que el no sometimiento inmediato y el titubear se pagaban con la muerte, y también servía para mantener contentos a los aliados indígenas con botines y aumentar la moral de la hueste para futuras batallas. Pero la razón principal fue la proyección de un terror espeluznante cuyos ecos debían llegar a la población aborígen y sus élites, contribuyendo a incrementar las dudas e inseguridades de sus líderes. Además, las masacres no terminaron con las victorias militares, se siguieron utilizando después debido a su efectividad para domeñar a la población aborígen.

Debido a la situación de inferioridad y al constante sentimiento de recelo que tenían los invasores contra la población indígena, la ejecución de caciques y líderes estuvo a la orden del día. Para ello, eran utilizados una infinidad de métodos, como las ejecuciones, la quema en la hoguera, el empalamiento o el aperreamiento, método muy bien valorado por los caudillos por el pavor que producían en la población autóctona los canes traídos desde el Viejo Mundo. Los perros, amaestrados en la caza del indio, eran capaces de rastrear la presencia de estos hasta sus escondites más remotos, y estaban tan acostumbrados a la ingesta de indios que muchos de sus dueños apresaban indios como alimento para cebar a sus canes.

Una vez analizados los distintos métodos de terror utilizados para reducir a la población, entraríamos en la tercera parte del ensayo, donde se examinan los sitios y campañas más emblemáticas, como es el caso del sitio de México-Tenochtitlan de 1521, los sitios de Cuzco y Lima de 1536 y 1537, y la conquista de Nueva Galicia de 1530-1531.

Aunque cada una de las campañas o batallas fueron distintas, es cierto que se pueden apreciar ciertos paralelismos en el devenir de estas acciones. Por un lado, el apoyo de cierta parte de la población autóctona fue clave para conseguir, no solo la victoria militar frente a sus adversarios, sino también para poder mantener cierta estabilidad en las regiones que eran invadidas. Sin el concurso de importantes contingentes de indios aliados, que en escasas ocasiones son mencionados por los cronistas, obtener la victoria en estas operaciones hubiera sido imposible, como bien lo experimentó la expedición de Nuño Beltrán de Guzmán de 1530, donde el maltrato dado a los indios, tanto aliados como enemigos, fue una de las causas principales del fracaso de aquella expedición.

Otro de los elementos a compartir sería el uso de tácticas e incluso armas europeas por parte de los indígenas. Por ejemplo, durante el asedio de Cortés a México-Tenochtitlan, se atestigua el uso de picas por parte de los mexicas para tratar de inmovilizar a la caballería e incluso del uso de ballestas tomadas a españoles caídos. Pero el elemento central fue la utilización de tácticas aterradoras para dominar al enemigo, aunque no siempre tenían el resultado esperado. Uno de los casos más paradigmáticos se dio durante los distintos asedios realizados para tomar Cuzco por parte de Manco Inca durante los años de 1536 y 1537. Según las crónicas, debido a la terquedad de los indios, estos hubieran organizado los asedios necesarios para recuperar la ciudad en manos de los hispanos, pero según el anónimo autor de *Relación del sitio del Cuzco*, Hernando Pizarro mandó matar a todas las mujeres indígenas que pudieran encontrar, ya que estas acompañaban a sus maridos con el fardaje y suministros necesarios para las campañas. Debido a esta masacre, cuando el Manco Inca ordenó un tercer cerco a la ciudad, sus tropas ya estaban desmoralizadas y al fallar el mantenimiento del cerco, este se alzó mucho antes, provocando la huida del Inca a la región de Vilcabamba, desde donde trataría de enfrentarse a los invasores hasta su asesinato en 1541.

Como colofón, en el cuarto bloque el autor menciona los distintos movimientos de resistencia de los pueblos indígenas hacia la invasión hispana. Estos actos de oposición, que se dieron por todo el continente desde el norte de México hasta las selvas de Paraguay, se podrían considerar como acciones de autodefensa ante el trato y la codicia de los españoles, quienes en muchos casos solo pretendían enriquecerse de la manera más rápida posible mediante el robo y la esclavización de la población autóctona.

Existen varios casos que demuestran esta afirmación, como sería el caso de los cakchiqueles y los chichimecas, quienes, debido la codicia de los caudillos, en el primer

caso, y el descubrimiento de minas en el segundo, hizo que la actitud de los españoles se centrara en asegurar esas zonas donde los indígenas se habían levantado en contra del dominio y maltrato español. En muchos de los casos se puede observar cómo el anhelo de riquezas provocaba masacres, esclavitud y muerte de las poblaciones autóctonas, incluso en el caso de que estas fueran consideradas aliadas, como es el caso de los cakchiqueles, quienes en un comienzo ayudaron a Pedro de Alvarado en su lucha contra los quichés del altiplano guatemalteco durante su conquista en 1524, aunque poco después, debido a la ambición del conquistador, se levantaron en armas contra la presencia hispana.

En varios de estos casos, los indígenas mostraron una feroz resistencia, haciendo que los españoles tuvieran que plantearse nuevas políticas, no ya para controlar los territorios, sino para mantener una coexistencia pacífica con los nativos. Éste sería el caso de los reches y chiriguano, quienes, gracias a su contacto con las huestes hispanas, fueron aprendiendo algunas de sus tácticas e incluso comenzaron a utilizar armas europeas robadas, provocando grandes calamidades a las distintas expediciones que iban en su búsqueda. El caso más paradigmático se dio en el sur de Chile, donde la resistencia de los reches hizo que ese conflicto se transformara en el “*Flandes Indiano*” debido a la imposibilidad de los hispanos en avanzar hacia las tierras del sur. En este tipo de casos, como también ocurriría con los muzos de Nueva Granada y los chiriguano del Paraguay, la imposibilidad de obtener la victoria hizo que aumentara en gran medida la crueldad hispana, militarizando la región y aumentando los actos de terror.

Por otro lado, es muy interesante observar cómo estos actos de resistencia, con el tiempo, fueron transformando no solo las estrategias y tácticas militares de los indígenas, sino que su propia identidad fue amoldándose a la presencia de estos foráneos. La invasión militar hispana en todos los territorios debe verse como un elemento generador de nuevas concepciones identitarias, en tanto que existen una serie de elementos novedosos asociados a la guerra que no existían en el anterior accionar bélico prehispánico.

Sin lugar a duda, nos encontramos ante un ensayo muy valioso en muchos sentidos. Además de utilizar una inmensa cantidad de fuentes, tanto bibliográficas como primarias, el autor examina éstas de una manera impecable, haciendo ver la intencionalidad y las argumentaciones que daban, por ejemplo, los distintos cronistas de Indias a las acciones de los conquistadores, justificando o recriminando éstas dependiendo de los prejuicios y la motivación que existían a la hora de redactar tales documentos. Por otro lado, el ensayo hace reflexionar sobre el revisionismo histórico que se está dando en los últimos años sobre la conquista del continente americano, donde en muchos casos se ha intentado referir a este acontecimiento como un proceso civilizatorio, algo positivo, que a la larga, beneficiaría a la población aborígen y que sería el acontecimiento más glorioso de la historia patria. Este revisionismo, más cercano al nacionalismo chovinista que a

la verdad histórica, se ha vuelto parte de la discusión pública, donde la labor de historiadores como Antonio Espino tiene un enorme valor a la hora de acercarse a la verdad de estos acontecimientos y alejarlos de la propaganda y tergiversaciones de ciertas ideas políticas que utilizan la historia para justificar sus relatos, observándose cierto paralelismo entre los apologetas de siglos pasados con los de hoy en día.